



Lourdes Molinero
Socia Directora de Agathos
www.agathos-management.com



Javier Fernández Aguado
Socio Director
MindValue
<http://es.linkedin.com/pub/javier-fern%C3%A1ndez-aguado/12/b6b/869>

Leonor vio por primera vez la luz en 1122. En 1137, con solo quince años, contrajo matrimonio con Luis VII, futuro rey de Francia. Mujer de costumbres ligeras, no supo adaptarse al ambiente francés lejos del entorno más festivo de su Aquitania natal.

El matrimonio con Luis no fue un camino de rosas. Sobre todo a raíz del momento en que se embarcó con él hacia las Cruzadas. Por primera vez unos reyes de Francia tomaban la cruz, si bien Leonor no vistió el traje de peregrino sino que realizó el trayecto rodeada de lujo y esplendor.

Paralelamente, se volcó de manera extraordinaria para despertar en sus vasallos el entusiasmo por la "Peregrinación Santa". Ellos sí respondieron de manera ejemplar.

De alguna forma, el espíritu aventurero de su abuelo, Guillermo el Trovador, parecía aflorar en Leonor.

La Cruzada trajo consigo muchas dificultades y episodios dolorosos en los que murieron muchos



Liderazgo en femenino

hombres. Los desastres, también en el entorno político, llevaron a la pareja real a una situación dramática. Leonor llegó a amenazar con permanecer en Antioquía con su gente. Al argüir Luis sobre sus derechos de esposo, ella le recordó que había un lazo de consanguinidad que marcaba el matrimonio. Se abrió en la pareja una brecha que tiraba por tierra las esperanzas de un reino de Francia que contase bajo una corona con toda la extensión desde el Loira hasta los Pirineos. La aventura oriental ponía fin a esas esperanzas e instauraba entre las dos tendencias un desacuerdo que no se serenaría

Leonor era ambiciosa e inteligente, con gran sentido de la política. No llevó bien que el rey Luis le expusiera que pensaba gobernar solo, justo en el momento en que ella se sentía capaz de desempeñar el papel de reina. El vínculo entre Luis y Leonor se resquebraja definitivamente y, en 1152, consiguen que se declare nulo su matrimonio aduciendo el ya conocido parentesco. Leonor regresó a sus estados.

Se casó enseguida de nuevo, con gran escándalo de la corte. En este caso, con Enrique Plantagenet, Duque de Anjou, futuro rey de Inglaterra y diez años más joven que ella. Lo hizo por motivos políticos, pues el poder que adquirirían al unir la corona de Inglaterra con los dominios de Aquitania era tremendo. Dominaban casi todo el oeste del reino de Francia, adhiriendo los vastos dominios de Leonor a los que poseía el monarca inglés. Al francés Luis no le agradó el nuevo mapa socio político que estaba surgiendo.

El reinado de Enrique II y Leonor de Aquitania fue fructífero e influyó de manera decisiva en el desarrollo tanto social como cultural de Europa.

Propiciaron cambios políticos relevantes.

Incentivaron, en el plano cultural, que desapareciera la rutina de la vida con el nacimiento de la poesía de los trovadores, que encandilaba a Leonor, pues situaban a la mujer en el centro de la literatura de occidente. Expandieron el comercio a los lugares más lejanos, con lo que consiguieron poder económico y el gran momento de esplendor del siglo XII de la futura Gran Bretaña.

Al encontrar a Enrique, Leonor había hallado al hombre que necesitaba, pues

Leonor de Aquitania

también él tenía ambición y se desvelaba por sus estados. Uno y otro se apoyaron mutuamente en los mutuos deseos de expansión. Leonor ejercía de soberana junto con Enrique y le gustaba reinar y disfrutar del lujo y de todo lo exquisito.

La reina jamás retrocedió ante las dificultades. Los puritanos la criticaban por su tendencia a los placeres de la vida: se le atribuyeron numerosas relaciones extramatrimoniales. Los cronistas la vilipendiaron calificándola de coqueta, libidinosa y orgullosa pero –sin excluir la verdad de esos calificativos- lo cierto es que era una mujer culta e inteligente, muy adelantada a su tiempo y con gran capacidad de gobierno.

Leonor emprendió una acción de marketing para legitimar su poder en Normandía e Inglaterra: impulsó la literatura artúrica y su colección de mitos: la ciudad de Camelot, el rey Arturo, la reina Ginebra, el mago Merlín y los Caballeros de la Tabla Redonda. El origen de esta leyenda se sitúa en 1138, cuando el canónigo Godofredo de Monmouth escribió “La historia de los reyes de Bretaña”.

Sin embargo, la vida no fue apacible para Leonor ni siquiera en estos momentos. Al enterarse de que Enrique II se entendía con una amante promovió la rebelión de tres hijos del rey contra su padre, por lo que su marido la mandó a prisión.

La cárcel no le quitó un ápice de afán de poder y Leonor siguió maquinando para hacer poderoso a su hijo Ricardo y vengarse de la infidelidad de su marido, del que seguía enamorada.

Leonor fue mujer valiente, ambiciosa, que quería gobernar y lo consiguió, pero a quien las veleidades de la vida le superaban. Con todo, consiguió la grandeza para su reino, si bien –fundamentalmente por su comportamiento personal- no supo ganarse la admiración del pueblo.



Cuando murió Enrique II, Leonor recuperó la libertad y actuó como regente durante las ausencias de su hijo Ricardo Corazón de León. Lo hizo con el mismo acierto y visión estratégica con los que actuó con los dos reyes con los que estuvo casada.

Esta poderosa, hábil e inteligente mujer falleció el 1 de abril de 1204 en la abadía de Fontevraud y fue sepultada junto a su marido Enrique.

Al igual que tantos personajes clave en sus circunstancias históricas, la paradoja tuvo una constante presencia en su existencia. La complejidad del ser humano parece exigirlo. Con todo, ella tuvo siempre clara la obligación de esforzarse por el bien de su reino, poniendo los medios para llegar a las metas de grandeza que ella misma se había marcado. Sus innegables debilidades personales no fueron obstáculo para sus objetivos corporativos. ■